

NEVANDO EN LA GUINEA

Revista Literaria Digital Trimestral

N.º 30 AÑO 7. OCTUBRE-DICIEMBRE DE 2025

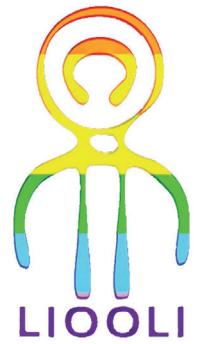


www.cuadernodebidaxune.blogspot.com



www.lioolimixturas.wordpress.com

www.cappiannetta.com



N.º 30. Año 7
OCTUBRE-DICIEMBRE DE 2025



CONSEJO EDITORIAL
Cecilio Olivero Muñoz
Juan A. Herdi
Juliana Mbengono

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
maquetadores.org

ILUSTRACIONES
Cecilio Olivero Muñoz

DEPÓSITO LEGAL N.º pp 2 0 1 9 0 2 DC58 789

Realizado en: Madrid-Bilbao-Barcelona-Malabo.

EDITORIAL XXX

Un año más hemos recordado el cruel fusilamiento de Federico García Lorca. El 18 de agosto de 1936, después de permanecer preso en la Colonia, una antigua finca convertida en prisión, se le trasladó a Víznar, donde se le ejecutó junto a otros reos. La noticia pronto se expandió y se convirtió en símbolo de la sinrazón y la crudeza de la guerra.

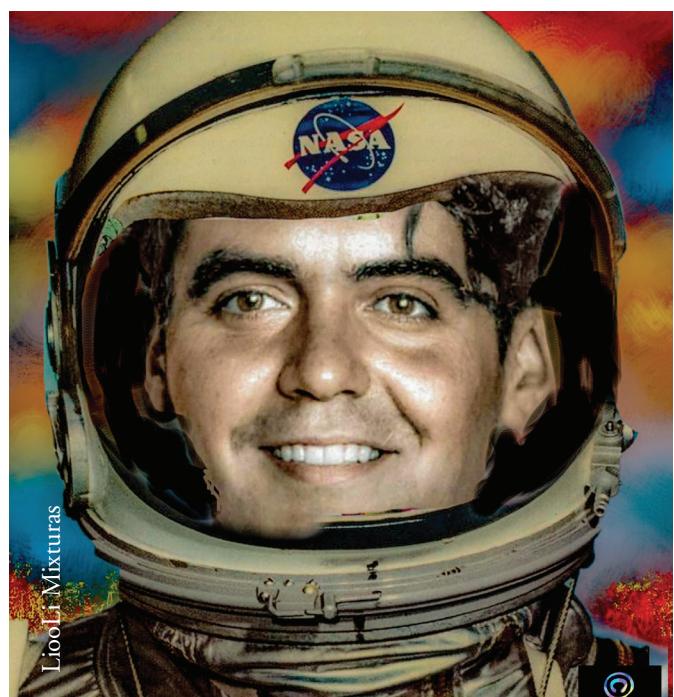
A todas luces, preferimos recordar a Lorca por su dramaturgia y su poesía, también por su labor cultural en una España que hacía tiempo que comenzaba a reformarse y se esforzaba por poseer una cultura floreciente, activa y plural. De hecho, denominamos la Edad de Plata de la cultura española, en feliz expresión de Ernesto Giménez Caballero, a ese periodo que parte de finales del siglo XIX y llega hasta el estallido de la guerra. Durante lustros, convivieron escritores y artistas de diferentes tendencias y de varios movimientos culturales, se crearon instituciones que contribuyeron a enriquecer la difusión y el intercambio de las ideas, surgieron un sinfín de revistas literarias y se llevó a cabo una importántísima labor pedagógica, de la que Lorca no fue ajeno. Sin embargo, el estallido de la guerra y la muerte brutal del poeta, con su simbolismo, pusieron fin a ese periodo cultural. Por desgracia, no fue el único escritor muerto por la acción del fanatismo y la arbitrariedad, aunque su repercusión simbólica fue absoluta. Claro que en una guerra duelen todos los muertos.

Además, la guerra (in)civil dividió al país, a su sociedad. La literatura no fue ajena a esta división: la literatura del exilio y la literatura del interior.

No obstante, si hubo un ámbito donde las dos Españas estuvieron menos divididas, fue en el de la cultura. Aunque los escritores no fueron ajenos al conflicto, una de las dos España acabó helándoles el corazón, tal como sugería el poema de Antonio Machado, se mantuvo esa comunicación entre escritores. Felicidad Blanc

rememora en *Espejo de sombras*, los paseos de Leopoldo Panero en Londres, años después, con Luis Cernuda y con Pablo de Azcarate, pero incluso en los años terribles de la guerra y la posguerra hubo gestos de apoyo, de amistad profunda y de solidaridad. Rafael Sánchez Mazas movió cielo y tierra para que Miguel Hernández pudiera recuperarse fuera de la cárcel, al igual que lo intentaron José María Cosío o Vicente Alexandre. Por desgracia, la muerte se les adelantó. El propio Federico García Lorca contó con la ayuda de Luis Rosales, quien lamentó siempre el desenlace terrible.

El final trágico del poeta granadino produjo un pesar enorme. Es el símbolo del horror de la guerra, de cualquier guerra, y que reitera, tantos años después, nuestro rechazo más absoluto a todas las guerras que siguen siendo escenarios de crímenes y del horror. Ya lo dijimos en el editorial último ante la tragedia de Gaza, que permanecemos incompletos por tanta infamia. Pero frente a ella, nos queda siempre la palabra.





CONTENIDO

RESEÑAS / Jonathan Arribas. Vallesordo	6
RELATO / Prensa Obrera. Juan A. Herdi	7
POESÍA / La mirada de Marielle. Pepe Suárez Jardón / Esos dientes de león. Roberto M. Ballarín	9
RELATO / Los finales felices. Roberto M. Ballarín	10
POESÍA / Dime... Bertha Caridad / Hambre. Continuidad. Javier Olalde.....	14
POESÍA / Infancia nocilla / Madre patria. Cecilio Olivero Muñoz	15
POESÍA / Fumar en los lavabos / Al empezar una flor. Cecilio Olivero Muñoz	16
POESÍA / Cuando tus palabras rozan mi piel / El aliento nacía en mis pulmones / Te amé en sueños. José Valverde Yuste	17
POESÍA / Pasajeros del futuro... Bertha Caridad / Calles de La Berzosa / Un mismo y viejo mar. Pablo Méndez. XIII. Manuel Lacarta.....	18
POESÍA / Niño muerto en las alcobas. Manuel Lacarta	19



Por JAH

JONATHAN ARRIBAS Vallesordo

Libros del Asteroide, 2025

RESENSIONES

Hay una literatura de evocación que acude al verano y a la adolescencia como tema, tema recurrente, podemos decir. No en vano el verano es un espacio de ensueño, de ruptura del tiempo y de acontecimientos que se recuerdan toda la vida. Mientras, ese instante que se sitúa entre la niñez y la adolescencia es un momento de descubrimiento, descubrimos el mundo y nos descubrimos a nosotros mismos, hablamos de primeras veces, de miradas cómplices, de grandes ilusiones y posibilidades para afrontar lo que somos, lo que creamos ser, lo que pretendemos ser. También es tiempo de las primeras decepciones que nos definen y que son inevitables, parte de la vida. Jonathan Arribas nos propone en esta primera novela la evocación de un verano, el que siguió al quinto curso de su narrador. Para él, lo confiesa a la profesora, el más importante. Ella, al acabar la clase, le sugiera que lo escriba en la redacción que ha encargado como deber, pero que antes se lo cuente a alguien, a un interlocutor, para ensayar. Surge así este relato, el de Nicolás, Nico, que en un pueblo de Zamora se embelesa por el programa *Fama*, se entusiasma por sus concursantes, los imita, se

emociona con sus coreografías, constituyen la base de su propia *coreo*, la que pretende presentar a una edición del programa para niños. Porque a lo que aspira es a ser bailarín. Lo decide y reafirma en esos meses de estío.

Mientras, nos va contando su verano con su familia que puede parecer normal, como la de todo el mundo, pero en realidad nadie es como todo el mundo, y así comparte el tiempo de verano con sus padres, su tía o su abuela, todos los cuales poseen rasgos particulares, a la vez excepcionales y anómalos, y que viven un momento único. Pero con quien vive ese descubrimiento del mundo es sobre todo con sus amigos Telma e Izán.

De esta manera, el tema recurrente del verano y la preadolescencia se vuelve un relato sensible, lleno de vericuetos y trapacerías. Con una prosa vibrante, nos sumergimos en lo que nos cuenta Nico, nos arrebatará su deseo de vida y sus ansias de definir su realidad. Jonathan Arribas logra así emocionar y atrapar al lector con una prosa que se desborda, repleta de sonoridad. A todas luces, una buena entrada en la literatura, una novela que merece leerse.

Por Juan A. Herdi

Prensa Obrera

Tomás gesticuló, tan burlón como sólo él podía llegar a ser, cuando lo vio entrar en la oficina. No pude menos que sonreír, evitando, eso sí, la carcajada. No era cosa de ofenderle. Marcos cruzó la sala, pasó junto a nosotros sin mirarnos, sin saludarnos, sin sonreírnos siquiera, lo que me extrañó, temí que hubiese observado nuestra burla. Se sentó a su mesa, como siempre, con cara de persona formal, bien trajeado, aunque un tanto anticuada su chaqueta, más propia de una década atrás, lo menos. No sería mal tipo, pero a todas luces cantaba como una almeja con su aire de despiste permanente y cierta excentricidad.

Caí en la cuenta de que estábamos a primeros de mes y cuando parásemos a tomar un tentempié, un café o un té en el recodo de la oficina, o a la hora de la comida, en la cantina o en el café de la esquina de calle Quito con Palacios, se nos acercaría, tímido, y nos pasaría *Prensa Obrera*, la revista mensual de su organización, uno de esos partidos que casi nadie conoce, aunque tuvieran sus militantes una vocación profunda de vanguardia proletaria.

Decía Tomás que Marcos se sentía sin duda la reencarnación de Lenin o de Trotski. A mí no me lo parecía. Era un muchacho retraído, como si le diera miedo que le reprochásemos cualquier cosa, correcto, eso sí, del que apenas sabíamos nada, si estaba enamorado, por ejemplo, si vivía con alguien, una muchacha de belleza discreta y misma vocación revolucionaria, o si seguía en casa de sus padres o tal vez en alguna comuna radical. Esta última opción, sin embargo, la descarté de inmediato: no me parecía la más certera teniendo en cuenta su carácter, demasiada introsión, a mi gusto un tanto enfermiza, aunque a saber: los callados salen siempre los más salidos, solía decir Tomás, que sabía de lo que hablaba. Marcos tenía cara de niño, motivo por el cual



siempre nos daba la sensación, a todas luces equivocada, de que llevaba poco tiempo trabajando con nosotros. En realidad llevaba mucho, había comenzado poco después de que Tomás y yo fuéramos contratados. Su discreción parecía reafirmar su situación de novato. Eso sí, era el que más solía pasar por los talleres y por ello se relacionaba más con los operarios y los trataba siempre con cercanía. Con ellos no parecía distante, como solíamos ser, conscientes o no, los de oficinas. Formaba parte de sus responsabilidades comunicar a los jefes de taller las decisiones cotidianas, comentar con los operarios los detalles del trabajo. Era algo, en otros tiempos, de lo que se ocupaban los nuevos, nosotros mismos nos dedicamos a ello al entrar en la empresa, pero que él siguió ejerciendo, puede que porque se lo pidiese a don Marcelo como favor, tal vez se lo sugeriría como si no viniera a cuento, le diría que le gustaba esa tarea, que se adaptaba bien a ella, y don Marcelo lo aceptaría sin más, si le gusta y lo hace bien, que siga, decidiría. En realidad, aprovechaba aquella cercanía con los operarios, intuimos pronto, para endosarles el periódico bolchevique. Puede que tuviera más suerte que con nosotros, aunque



lo dudo, no estábamos en una época con mucha conciencia de clase. Tampoco me preocupé nunca de saberlo.

En la oficina sólo Tomás y yo le comprábamos el número mensual de *Prensa Obrera*. Tal vez por pena al verle frustrado cuando nadie se lo aceptaba en el departamento. Trae chaval, le había dicho Tomás la primera vez, le dio un par de monedas y Marco, con un amago de sonrisa, lo sacó de su mochila y le entregó el periódico como si fuera un tesoro o un manuscrito medieval recién descubierto. Yo le imité. Desde entonces, nos lanzaba un gesto de saludo cada vez que nos cruzábamos por entre las mesas o coincidían nuestras miradas. A principios de cada mes nos lo pasaba, casi como si fuera un secreto o un acto clandestino, nosotros le pagábamos el número correspondiente, con discreción, pero ya sin que él nos preguntara si lo queríamos en realidad. A veces nos lo dejaba sobre la mesa, entre papeles de la oficina. Ya me lo pagaréis, nos susurraba. Debió de pensar que podríamos llegar a ser buenos camaradas, que constituiríamos una célula activa en la fábrica, aunque a decir verdad nunca llegamos a hablar de los contenidos, los de aquellos artículos tan sesudos escritos con estilo grave que ni siquiera llegábamos a leer, lo que no parecía afectarle al mes siguiente cuando volvía a emocionarse por nuestra compra militante.

Apareció aquel día a media mañana en la sala de los cafés. Tomás y yo hablábamos de nuestras cosas, la última película vista, las amigas comunes a las que intentábamos siempre seducir, los chismes de los compañeros de trabajo. Vino con las manos vacías y nos saludó con un gesto de cabeza. Se volvió a su mesa con su vaso de café y sin habernos dicho nada. Nos lo dará luego, pensamos. Pero ni se acercó cuando ese mediodía decidimos Tomás y yo almorzar en el café de la esquina.

Al regresar a la fábrica, lo vimos en la puerta, apoyado en la pared junto a la puerta. Sostiene la fachada, ironizó Tomás. Nos vio llegar y cuando estuvimos frente a él levantó el brazo derecho a modo de saludo.

– ¿No nos vas a dar el número de marzo?

Marcos contempló a Tomás como si le hubie-



ra vertido la pregunta más rara del mundo. Así nos pareció, al menos. Nos respondió de un modo lacónico.

– Ya no os lo voy a pasar nunca más.

Nos quedamos parados ante él, con rostros que expresaban sorpresa y la curiosidad de saber qué porras había pasado, creyendo él tal vez que para nosotros era lo más importante del mundo. Tardó aún en referírnoslo.

– El partido ha perdido el norte.

Volvió a guardar silencio medio minuto. Como un actor que pretendía mantener la tensión dramática. Pareció por otro lado que se fuera a poner a llorar. Entonces nos contó que la dirección había renunciado a los principios programáticos, que hablaban de adoptar nuevos métodos organizativos.

– Abandonan el leninismo.

Así que se trataba de uno más de aquellos clásicos y tediosos cismas izquierdosos, póngame aquí una coma o cámbiame ese adjetivo. El Frente Popular de Judea o el Frente Judaico Popular. Vete a saber qué otra cosa podía ser. Indiferentes, entramos a la fábrica, pero la puerta no se había aún cerrado cuando nos chistó.

– Escuchad, ¿no os gustaría formar una nueva organización?

Su rostro expuso en ese momento toda la ansiedad del mundo, como si de nuestra respuesta dependiera no sólo la revolución, sino la existencia entera o el sentido de la vida. Tomás y yo nos miramos sorprendidos. Intuimos que no había sido buena ideaeso de aceptarle, muchos meses atrás, aquel primer número de *Prensa Obrera*.

La mirada de Marielle

Qué separa la verdad de la mentira,
qué separa las bestias de la muerte,
qué nos hace volver a ser poesía,
qué nos hace nadar contracorriente,
dónde quedan los años y la vida,
dónde queda la noche inconsciente,
el peso que produce tanta ira,
el gusto amargo de la suerte.
Quién dio la voz de no hay salida,
quién subió al fondo sin quererte,
quién hace las tardes sin el día,
quién mata con saña al inocente.
Dónde van los gritos que se enfrián,
los sueños callados ya inertes,
la sombra cubrió las avenidas
con algo repugnante e indecente,
quién puso favelas que suicidan
las horas dormidas de la gente,
el barro, las latas, las heridas,
los niños sin alma y sin dientes.
Quién va manchando las orillas,
robando el tiempo y los ejes,
quién va quemando la alegría
del corazón que ama y que siente.
Los otros saben que se termina,
el miércoles vinieron a perderte
con todas las furias asesinas,
con cuatro disparos en la frente,
quién vino a matarte a escondidas,
a vencerte con miedo insolente,
las madrugadas en que deliran
las blancas alas de los fuertes
...Y todo se vuelve despedida,
las mañanas no volverán a verte,
las balas que escupen y las hidras
son monstruos de rostro indiferente.

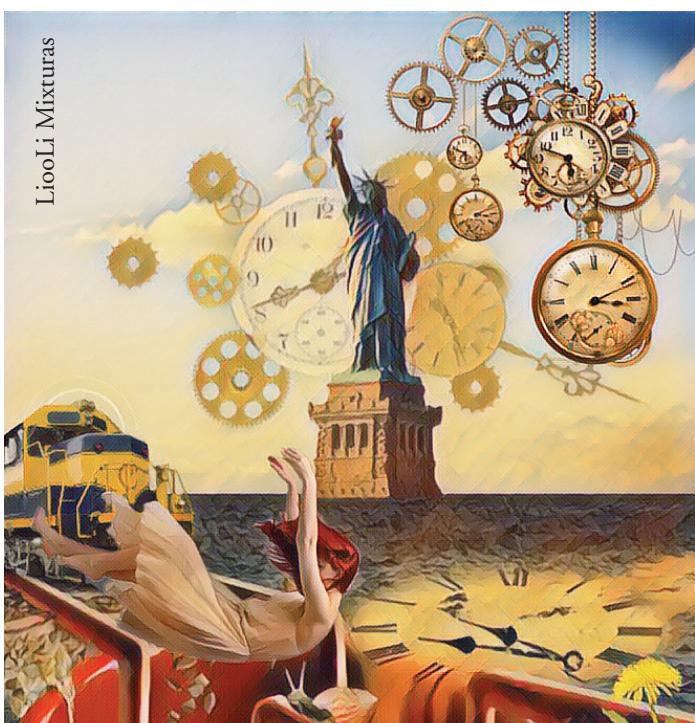
Esos dientes de león

Soñé mi deseo de niño
frente a un diente de león.
Pero llegó la vida y nada
de lo que quise se cumplió.

No es posible tenerlo todo,
esa es la amarga lección.
Ni el deseo más pequeño
hallasiempresu ocasión.

Cuántas cosas hay soñadas
que no hallaron conclusión.
Mil vilanos van al viento,
debe haber una razón.

Pero nada impideún
soñarlo todo sin temor.
Y, cada vez que los veo,
soplo
hasta quedar sin aliento
esos dientes de león.



Por Roberto M. Ballarín

Los finales felices

“El espectáculo no es un conjunto de imágenes, sino una relación social entre personas mediada por imágenes.”

Guy Debord, La sociedad del espectáculo (1967).

Plano general estático. Exterior. Una cafetería solitaria en una gran ciudad. Noche. Oscuridad. Un cruce de calles. Rascacielos. Farolas de luz helada. Neones gélidos. Ruido lejano de tráfico. La cafetería tiene grandes ventanales, como un acuario. En su interior, lámparas de luz suave y una gran pantalla de televisión. Una elegante pareja en la barra; un camarero de uniforme, como los de antes; dos operarios haciendo su descanso y un tipo sentado de espaldas a la ventana, iluminado sólo por su perfil derecho. Corta a: Interior. Cafetería. Noche. El noticiario muestra imágenes de una región devastada en un país lejano. Carros blindados, niños famélicos, madres suplicando comida... Una presentadora, excesivamente maquillada, anuncia el final de una guerra demasiado breve, y demasiado absurda.

La pareja elegante, de espaldas a las noticias, conversa sobre la conveniencia de regresar al agrado de una habitación de hotel para evitar el frío de la noche o el de sus vidas. Toman el último trago sin prisa, saboreando el momento. No están casados ni pretenden estarlo. Los operarios apuran sus cafés y vuelven al trabajo dando zancadas. El camarero seca un vaso con un trapo, mirándolo al trasluz. Lo hace sólo para cumplir con el arquetipo de lo que debe ser un camarero de los de antes y porque la inactividad alarga el tiempo hasta la desesperación. El tipo sentado que escribe lo hace sin perder el hilo de lo que la presentadora, incapaz de parpadear, dice acerca de esa guerra lejana.

El resplandor de las lámparas hace que los ventanales resulten opacos. Para esas aves nocturnas

el exterior de la cafetería no existe y todos ellos parecen estar atrapados en sus propias conciencias.

El tipo apunta al noticiero con su bolígrafo: —Trece días. Más rápidas, pero es siempre la misma historia. Es como en el patio del colegio: el chico grande sujet a la víctima, y el pequeño y malvado la golpea para quitarle el bocadillo —el silencio del camarero, cuyo arquetipo también abarca competencias de psicólogo, parece un asentimiento tácito—. Dos contra uno es una estrategia eficaz, aunque un poco burda. Pero, si se le da una vuelta, se obtiene una mejor: ¿y si el malvado enclenque provoca y acomete al chico del bocadillo uno contra uno? Sería una pelea más justa, pero en ese caso el dueño del bocadillo puede vencer al pequeño demonio, y de hecho, está a punto de hacerlo; recuerde que este cabroncete es un tirillas, y está recibiendo lo suyo. Los otros chicos, que jalean alrededor, podrían no compartir ese abuso y la razón moral ya no estaría de parte del agredido, el dueño del bocadillo... Pues bien, justo en ese momento entra en escena el chico fuerte y un poco bobo, siempre compinche del malo, que esperaba agazapado para intervenir. Cuando el dueño del bocadillo está machacando al matoncillo, el grande sale de su escondite y hace justicia. El bien siempre gana. Los espectadores aplauden. Final feliz.

—Ajá...— dice el camarero, quien al menos dice algo.

—Y esa es la clave: un patrón reconocible. Fácil de comprender, pero controlando la capa moral. Bajo un pretexto cualquiera, el país peque-

ño ataca al país vecino enemigo, la víctima; el del bocadillo, solo que es un bocadillo en forma de recursos estratégicos. La víctima se defiende y amenaza la propia existencia del país agresor. Entonces llega el otro y estampa su puño —enjambres de drones, cohetes hipersónicos y bombas antibúnker— sobre la mesa geopolítica. Al decimotercer día, una tregua disfrazada de acuerdo, y el bocadillo cambia de manos. En este siglo, las guerras duran días. Es por las aeronaves no tripuladas y los ejércitos robóticos. ¿Sabe cuánto durará la próxima? Tres días. Setenta y dos horas. Una ciudad grande, como esta. Una torre como aquella —dice apuntando a través de los ventanales—. Un domingo... Le estoy diciendo lo que va a pasar. Ya está escrito. No en el periódico ni en las noticias, sino en el guion.

—¿Qué guion? —dice el camarero, que ha dejado de frotar el vaso.

—Perdone, a veces hablo demasiado. Me interesa mucho la política internacional. Me fascina su estructura narrativa. Sus pulsos, sus giros emocionales, sus subtramas... Tengo cierta imaginación morbosa. Soy guionista.

—Ajá, ¿cine?

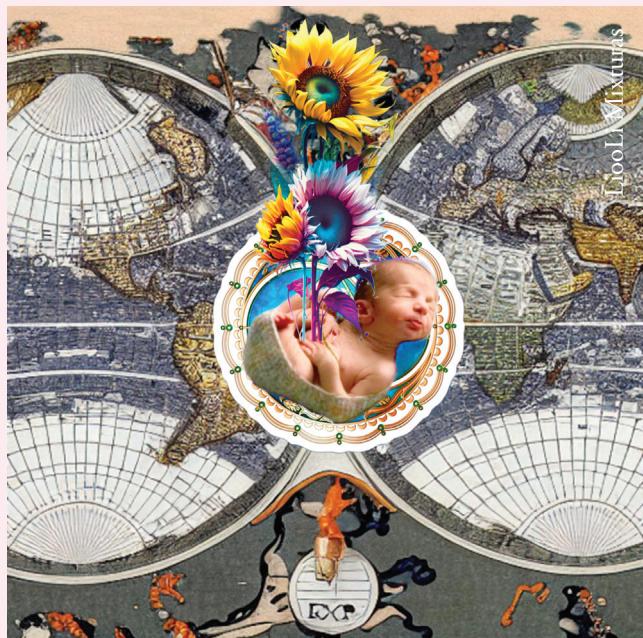
—Me ofende usted. No. Las mías no son para entretener.

—¿Televisión, series, documentales?

—Algo así. Son guiones para el mundo real. Guiones de realidad.

—Guiones para la realidad, ya.

—Técnicamente son Contra-Situaciones. Consiguieron neutralizar aquellas pedradas culturales de mayo del 68, y ahora nos las devuelven mejoradas; ellos lo vuelven todo a su favor... El objetivo es mantener encadenada la vida cotidiana a la pasividad del espectáculo, pero de una manera más sofisticada. Lo que le decía del patio del colegio. Ya no hace falta repetir una mala mentira mil veces, sino aumentar la calidad del embuste para disminuir la cantidad de las repeticiones. No hay que saturar a la audiencia. ¡Mostrar más y decir menos!, esa es la máxima de este oficio. Cualquier guion que se lea sólo mediante los diálogos está condenado al fracaso. Es el espectador quien debe completar



los puntos. Y, además, se ha refinado mucho el asunto: se busca la previsibilidad: todo eso de la ventana de Overton y la imprimación negativa. Nada ocurre hasta que se cuenta. Y, cuando es contado, ya es otra cosa. Así es como se crea y conduce la realidad del mundo: una sala oscura, una cortina, un apuntador. Y un buen guion, narrativas verosímiles que puedan ser aceptadas como realidad. Ficciones eficaces. Eso es lo importante: que funcionen. Que nadie parpadee.

—Ficciones? —dice el camarero.

—Eso es, y de todos los géneros: terror, comedia, thriller, política... Lo que pidan los productores. Aunque casi siempre es farsa. Ya sabe: la historia es una tragedia, pero se repite como farsa. Y, últimamente, repetimos personajes, motivaciones, estructuras... Debo decir que el de las Contra-Situaciones, siendo un arte superior al de la narrativa audiovisual clásica, es un sector que se está degenerando; vive de las rentas, y ya no innova. O quizás es que el público ya no es tan exigente. Por otra parte, el espectador medio tiene menos memoria de la que cree.

—¿Productores?

—Llámelos como quiera. Gobiernos, tanques de pensamiento, grupos de presión y cabildeo, turbias fundaciones, ONGs y todos esos lobos vestidos de cordero dedicados a la beneficencia... A mí me pagaron bien por algunas buenas ideas. Me maldigo, porque por un puñado de billetes —no crea que más— traicionamos a



los de nuestra clase. Yo cargo con los remordimientos. Es cierto que luego uno no sabe si la realizarán, si la crearán... Pero ahí tienen todas esas buenas historias, todas las posibilidades al servicio de los tiranos, escritas por las mejores mentes. Disculpe la inmodestia.

—¿Y, ahora? —dice el camarero de manera poco verosímil, cuyo parlamento es innecesario en el diálogo, pero requerido para continuar la conversación y que el tipo siga revelando más información sobre lo que hace.

—Ahora colaboro en varios proyectos, como consultor. Una pandemia. Mejor escrita que la anterior, más sofisticada. La última fue una ridiculez improvisada: sopas de murciélagos, pangolines... Pero ¿qué demonios es un pangolín? Es como decir que un gamusino desencadena una crisis mundial; todo es así de grotesco. Nadie lo creyó, pero todos lo aceptaron. Ese es el milagro de todo esto.

El tipo hizo una pausa y fijó sus ojos grises en el camarero.

—¿Quiere que le diga algo más perturbador?

—Dígame —dijo el camarero, a quien habían contado muchas cosas perturbadoras a lo largo de su carrera.

—Esa torre caerá antes de quince semanas. Tres meses. ¿Qué se apuesta?

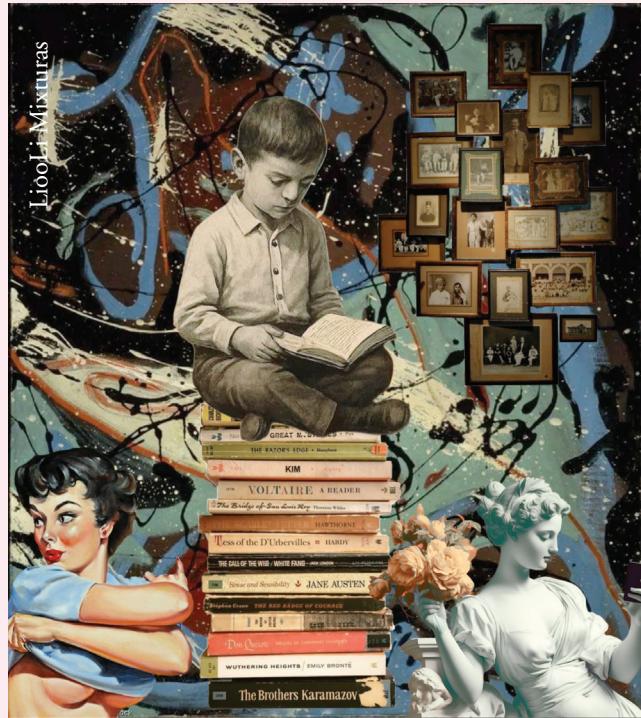
—¿Cómo dice?

—Tres meses. Un fin de semana, seguramente el domingo. Si no es así, no pasa nada. Pero si tengo razón, me pondrá uno de estos a cuenta de la casa —dijo tocando su vaso de whisky.

—Está bromeando.

—No. Está escrito. Pero si quiere verlo como una broma, lo entiendo. El humor es la mejor cosa que tenemos para poder sobrellevar la existencia. ¡Somos el único animal que ríe! Mire, quiero jugar limpio y advertirle que, si acepta la apuesta, la perderá. ¿Sabe por qué?, porque yo concebí todo ese hilo narrativo: la guerra, la crisis de deuda, el impacto asimétrico de un avión contra una torre... Y la ira de dios haciendo caer —simétricamente— la torre de Babel. Como en el Arcano XVI.

El camarero enarca una ceja, pero el tipo sigue con su monólogo.



—Sé que la tirarán, porque todos los hechos precedentes se van cumpliendo. No quiera ni imaginarse lo que ocurrirá después de eso. Ojalá no suceda. Póngame la última, brindaremos por ello.

—Amigo, creo que ya ha bebido demasiado.

—Nadie cree a un borracho, otro tópico. Me matarán por contarle esto, desde luego. Pero eso también lo he dejado escrito. Puede usted estar tranquilo, solo la mía corre peligro. A veces, uno necesita una muerte heroica para redimir toda una vida. Yo escribí mi escena final. Ahora me toca interpretarla, y espero estar a la altura. El personaje debe ser digno del autor.

Pausa larga. La televisión emite imágenes con sonido apagado: un desfile; una bandera ondeando al revés en un capitolio; las líneas de la bolsa, como el electrocardiograma de un planeta Tierra moribundo...

—Le cuento esto porque toda historia necesita un testigo. Alguien que la escuche, que la lea, que la recuerde. Un héroe debe dejar que sean otros quienes hablen de él. No puede hacerlo él mismo, porque sería un vanidoso. Estoy viejo y cansado. Nadie escribe nuestra historia. Alguien tan desencantado como yo dijo que la vida es como el cine, pero con las partes aburridas. No se preocupe. Será un final trágico, pero servirá para algo. Volveré a mi sueño de juventud:

crear ficciones que sirvan para derribar muros, que abran boquetes en la cuarta pared de la prisión invisible que habitamos. Que sean el inicio de algo, que sirvan para algo... Mi sacrificio será necesario para empezar a demoler todas esas mentiras pegadas con cemento. Pero, para que cobre vida, debe pagarse un tributo de sangre. Solo así habrá quien rescate mi historia y la continúe. Mi final será, pues, feliz. Verá, en mi vida he aprendido algunas cosas, pero la única importante es esta: he aprendido que los finales felices son revolucionarios.

Fundido a negro. Secuencia de montaje. El tipo no volvió a aparecer por el bar. El tiempo transcurre lento y monótono. Pasan las semanas y los meses. Un día, el telediario abre con una terrible noticia: tras el impacto de una aeronave, la torre más alta de la capital del país había caído en una vertical perfecta, demasiado perfecta. Parecía increíble, pero las imágenes en bucle durante las siguientes semanas, sin decir toda la verdad, no mentían.

Eclipsada por este atentado histórico se mencionó también la muerte violenta de un ciudadano, apuñalado en un callejón. Había salvado a una joven de unos asaltantes, llevándose a alguno de ellos por delante. La televisión dedicó al suceso apenas unos segundos, y tan sólo para incidir sobre las estadísticas del aumento de la criminalidad. Sugería, además, con absoluta delicadeza, que ésta se debía a las recientes oleadas de inmigrantes y refugiados.

El camarero deslizó entonces dos whiskies sobre la barra, uno para él y otro para el hombre que ya no estaba. El camarero elevó su copa, la hizo sonar contra el cristal de la segunda, y bebió. Un trato es un trato.

Flashback. No, mejor, 'analepsis'; me niego a usar la palabra 'flashback'. Plano cenital. El cuerpo del héroe yace en el suelo, una postura inverosímil y una sonrisa de triunfo. A su lado, su cuaderno de notas abierto. Su última hoja está salpicada de sangre. La brisa de la madrugada aletea sus páginas, como queriendo insuflarle un hálito de vida. Un vagabundo, testigo del crimen, coge el cuaderno y huye del lugar. Tal vez busque a la joven damisela para entre-

gárselo. Quizá sea ella quien deba continuar esta historia. Fin de la analepsis, vuelta al presente. Interior/Exterior. Cafetería. Noche. Luces de neón en la oscuridad. La vida sigue. Secuencia de montaje. El local, visto desde la calle, es una pecera con un pez menos. En la pantalla gigante el presentador es una boca que habla, pero su voz se va disolviendo arropada entre largas notas sostenidas de un saxo melancólico —el Noir Jazz es obligado en el género—, aunque también podría funcionar una música ligera y un poco absurda, Julio Iglesias cantando "La Mer", por ejemplo, mientras apilan una noticia detrás de la otra. Y otra, y siempre otra más... Todo en un montaje mudo, lento, inexorable.

Es de noche, casi la hora de cerrar. El camarero pasa el trapo por la barra. En el rincón en el que el muerto solía dejar su vaso ha quedado un cerco perpetuo en el barniz, como una quemadura. El camarero es incapaz de limpiarlo y sonríe al pensar que quizás eso también lo dejó así escrito aquel tipo.

Antes del fundido a negro final la voz extradiegética del héroe dice algo como que la vida es una mierda, una mierda que además es falsa. Pero lo dice con elegancia, *"Es como el cine, pero con todas esas malditas partes sucias y aburridas"*. Añade también que, si el final no es verdaderamente feliz, es porque la historia aún no ha terminado.

Y, en ese caso, hay que continuar peleando hasta que lo sea.



Poema de Bertha Caridad

Dime...

Dime... si debí ignorar el amor,
o la traición, al engañar
la mente en mi rutina,
sin palabras rebuscadas,
solo letras sencillas, para hilvanar.
Dime si debí escapar a otro mundo,
lejos de tanta hipocresía,
un mundo de ensueños,
solo para ti, para mí,
donde permitan soñar...

Dime si debí dejarte inundar
mi piel y que ahogaras mi alma,
con almas buenas en sus suspiros,
si ellas, de por sí...
¡sin sosiego lloran!

Dime si debí mezclar la lluvia
con lágrimas en mi aliento, y dejarla...
burlarse de nosotros con disfraces,
es contraproducente permitir...
la burla a... ¡Las leyes, De Dios!

Poemas de Javier Olalde

Hambre

Cuando vivir es hambre
y nos rebota
una avidez de espíritus
adentro.
Cuando callamos
más,
porque tampoco
está nuestra palabra.

Cuando silbar no es suficiente.

Ni una promesa.
Pasa algún hombre solo
-nubes-
lejos.

Continuidad

Esta mañana
no es de color turquesa
ni es impía,
ni fausta,
ni cobarde.

Esta mañana
también la soledad
se sucede a sí misma.



Infancia nocilla

Mis sueños se han hecho carne de arcilla,
Debo saber de matarifes y carnicerías,
La vida es un eterno y vulgar pilla pilla,
He perdido el faro al pernoctar utopías,

Mis veranos eran tierno sabor a vainilla,
Nunca creí en nadires ni naderías,
Si Dios es centinela y vigía tras la mirilla:
No hay califatos en Roma ni Biblias frías.

Conjugo verbos ante la blanda Nocilla,
Mientras meto el dedo en todas mis dioptrías
De este vano intento por la vida sencilla,

Bebo sueños cursis de polen por si sabías
Arañadas a las retahílas de mi papilla,
Poco importan maduradas frutas tardías,

Biberón como néctar, una mesa camilla.
ColaCao de poesías fueron cáscaras vacías.
Mis natillas de ahora no saben a *natilla*.

Tus besos de Fanta limón baja en calorías,
Burbujas sostienen membrete de pacotilla.



Madre patria

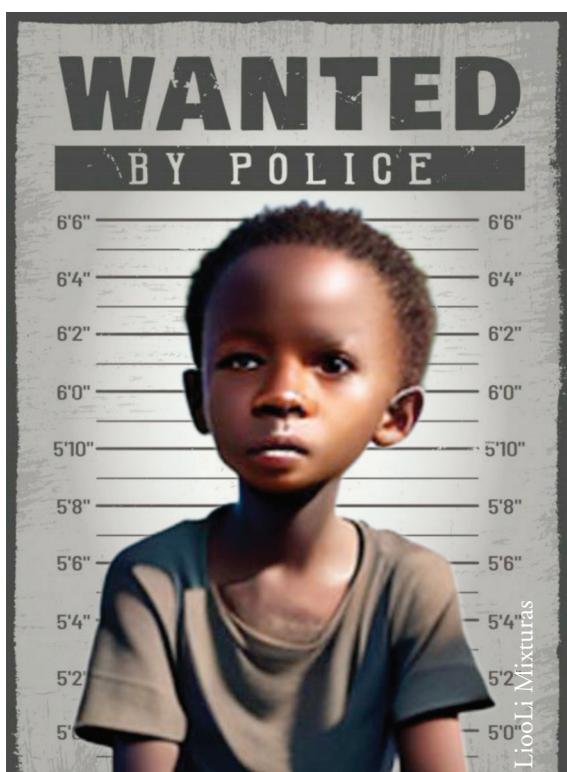
Si vidas ajenas sujetan la culpa del alma
La tiña perpleja derrocha savia de barrio,
Dulces *Chimos y Donettes*, papel de calca,
Primer trago de cerveza, el pan necesario,

Aguacate en España, en América palta.
No es gueto de camas calientes, es extrarradio,
Tú querías resignados Playmovil al alba
Querías calor inocente sin modo ni agravio.

No es síntoma de incultura, vulgar patraña,
En el recreo existe la sombra del patio,
El hogar que es tu mundo buscando legaña,

En el extrarradio jugaban al churro a diario
Es síntoma de que vives subiendo cucaña,
Memorias sin sueño, deambular sonámbulo.

Solera de amontillado en plazas con lacra,
Lugar que es propicio al crudo vocabulario.



Fumar en los lavabos

Mortadelo ya no es socio de Filemón,
Mortadelo se zampa bocadillos a la zaga,
Zipi y Zape juegan al tinte crudo del color
Con la boca sucia de ketchup y mostaza,

Ya no saborean helado untado de amor
Lo mejor de las mil leches, de cada raza,
No rías sin ganas: saben que eres fumador
Ser adolescente es papel oriundo y cachaza.

No existe melodía sin una buena canción
No mandar a nadie a por tabaco ni dar baza
Al sofoco buscando límites a mi tentación
Me olvido de todas las moscas de mi plaza,

Un poema tiene una mala interpretación
Si ser libre es creérselo, si el anís es Cazalla,
Cuando evitas el pliegue de raya al pantalón,
Cuando nadie más, más nadie te abraza.

Es mejor tu esperpento al güisqui de garrafón
Cuando borracho pretendes salir de caza,
Un menoscabo que sabe a tierno turrón.
Y un pleonasmo sabe evitar la baliza harta.

No hay mojiganga que te haga mejor
Porque sabes cruzar pierna de pose y de taza,
No hay estratagema ni oxímoron
Hay liturgia de cascabel mojigato descalzada.

Al empezar una flor

Al empezar es sueño vertical tu naturaleza
Después te suman y también te restan,
Al empezar sonrías y todo dios bosteza
Hombres sin entereza con hieles y mentas

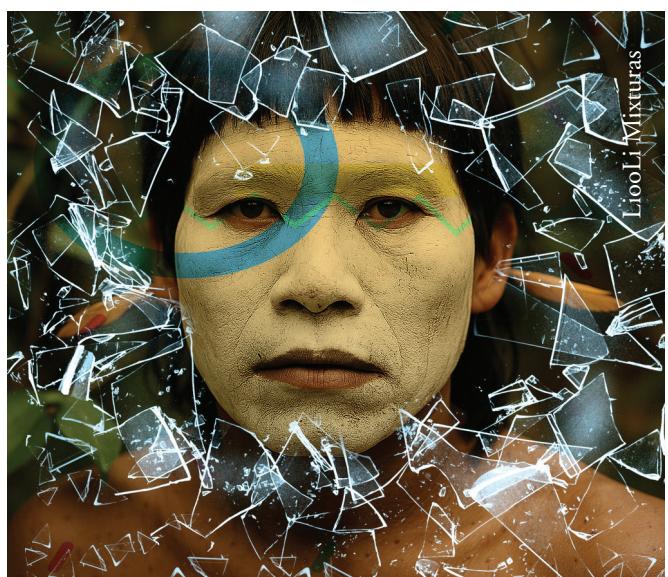
Al empezar creen alegres su última pieza,
Muchos quisieran verte o tal vez te detestan,
Te verás solo; dice despechada la tristeza,
Lo que te dan, te lo quitan o te lo prestan.

Escueta es la vida para aires de grandeza
Se muere porque en todas las horas muertas
No hay frontera sin sed donde tu paz tropieza,

Heridas etéreas se muestran abiertas
En el mundo un secreto solitario comienza
Fulano de huésped y pesca, al tercer día apesta.

El fracaso escolar es sin voluntad y pereza.
Te catean por teorías de zurdos a la diestra.
Prefieres jugar sin calentarte la cabeza,

Pero nadie piensa de mayor ser poeta,
Siempre digo que dicen, por algo se empieza.



Cuando tus palabras rozan mi piel

Cuando tus palabras rozan mi piel
un ser, una marea oculta,
germina en mi ser.

Una ola despierta un ruego,
un suspiro en su temblor único
se duerme sobre un profundo lenguaje
que nace en el cuerpo hambriento,
en la voz que arrulla la sangre.

Un temblor seduce al sagrado silencio,
después viene la ternura
que comienza a devorar la luz que me ciega
sobre esos poros que se abren
ante el misterio del arrullo en su dulce llama.

La realidad de las ilusiones
sobre la inseguridad de lo que emana el sentir,
la voz arrodillada que vuelve a respirar,
el suelo donde caigo disipa toda la llama
que resucita en mí.

El aliento nacía en mis pulmones

El aliento que nacía en mis pulmones,
el cielo que guardaba
la orfandad de mi corazón,
el espacio donde despierta el viento.

Amor, te tocaba con mis dedos ciegos,
te sentía en aquel gorrión que vibró en mis
manos,
en las curvas que soñé en la oscuridad
de mi lecho.

Tu nombre eran letras en una lengua
no legible, el acorde de un suspiro
perdido en la voz, el camino
donde quedó marcada mi huella,
el tacto suave y callado de las tinieblas,
la carta que nunca escribí estando
borracho de tu cuerpo.

Te amé en sueños

Cuántas veces te amé con tu figura en mis ojos
sin oír tu voz, en un mundo invisible
de caricias imaginadas,
sin fechas ni lugares que pueda evocar,
sólo veía una puerta entreabierta,
la luz de un ser oculto que vivía en mí.

Cuántas veces, en las noches de luna llena,
te dibujaba estrellas, te escribía en las sombras
con versos no vivos, te sentía en el canto
de las mariposas, en el latido mudo
de la brisa presente, eras todo rayo.

Cuántas veces fuiste una entelequia
sin rastro de pasos, la furia de las olas
que rompían mis labios, la fragancia oculta
en la distancia.

Un mismo y viejo mar

Carmen Conde amaba el mismo mar que yo,
era el de su niñez, como el de la mía,
lo miró tantas veces, tantas veces,
que se quedó en sus ojos
y le brillaban al leer sus poemas
o contar sus vivencias,

Carmen Conde, vestida
de negro y amiga de Miguel Hernández,
amó el mismo mar que yo, ahora paseo
por la playa con mi poema en los ojos,
y su voz en las sales.

Pasajeros del futuro...

Pasajeros del futuro... tiempo que quisiera conocer,
no sé si vivirán destellos en las sombras del faro,
me gustaría tanto tanto saber,
ver quiero...
en cuál rincón esconde su leve brillo de amor;
despierto suplicante queriendo alzar la
voz
queriendo ver al final del camino...
luz,
cansa tanta sombra,
agobia,
no logro entender...
¿qué destino esconde este desorden total?

Calles de La Berzosa

Las calles aquellas por las que nunca volveré
estarán iguales sin mí, bellas y sombrías
en el umbral del campo,

sin embargo yo no soy el mismo sin ellas,
las recuerdo continuamente y paseo
por estas otras de la ciudad, tan distintas,

mal llevado por mis días que se fueron.

XIII

Un niño de espliego busca
caracoles de concha blanca
en las hojas de la morera

Tiene los ojos dormidos
en el tambor de un sueño

Lleva una bolsa rota una
mariposa dibujada en la frente

Yo lo he visto en la estación
de trenes cada tarde de mayo
jugando a ser como una nube.

Niño muerto en las alcobas

La lluvia cae sobre sobre la cara gotea mansamente cuando están muy tristes

los paseos invernales las veradas encharcadas con el agua de la lluvia

Cierras los ojos los abres miras sorprendido el cielo al bajar en brazos de la ambulancia oír que ya no suena la sirena saber que no ceden el paso al vehículo que viene empujando a los demás vehículos hacia el arcén de la calzada

Respiras intensamente cada gota en la claridad de las venas como un último sonido mojado un vidrio frágil que se rompe al chocar de súbito contra el suelo

Hay un río de cristal en las ventanas un archipiélago de pájaros pámpanos trepando de una parra en una pared de ladrillo viejo

La lluvia cae molesta sobre tu cara arde tu rostro en los dedos que te sujetan por los párpados ruedan dos lágrimas alguien peina sobre tu frente el pelo por intentar llamarte acarician con el dorso de la mano tu mejilla.



www.nevandoenlaguinea.com

